

Teo, un estudiante de Cine,
se muda por unos días a un campo
en el pueblo de Matasoles,

donde piensa terminar el guión para su primera
película. Un concurso del que resultó ganador le
proveerá los fondos necesarios. La casona, una
olvidada propiedad de un amigo de su abuelo,
está enclavada en la llanura horizontal y vacía;
Mora, nieta del dueño, lo lleva hasta el lugar y
se marcha. Cuando vuelve, intrigada porque él
no responde a sus llamados, descubre que Teo
no está. Su desaparición da inicio a un misterio
que atraviesa a toda la sociedad del pueblo.

¿Qué le ocurrió a Teo? Un periodista fanático
de la literatura policial desconfía de la aparente
resolución del caso y pondrá en marcha una
investigación paralela que develará el inesperado
final. En esta historia, nada es lo que parece.

ISBN 978-987-4007-34-8



9 789874 100734



Ilustraciones / Ana Mac Donagh

Franco Vaccarini



NADIE ESTABA DESPIERTO

UN MISTERIO POLICIAL





Franco Vaccarini

NADIE ESTABA DESPIERTO

UN MISTERIO POLICIAL



Estamos seguros de que acabada la cuarentena, las familias se acercarán a una librería a buscar este libro, del cual les acercamos una parte para colaborar con la continuidad educativa. Evitemos las fotocopias y cualquier tipo de piratería. Ser respetuoso del trabajo de los demás es parte importante de la educación.

EDITORIAL HOLA CHICOS
Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.
Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998
e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar
www.holachicos.com.ar

NADIE ESTABA DESPIERTO

Autor: Franco Vaccarini
Ilustraciones: Ana Mac Donagh
Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-34-6

Producción gráfica de 3.000 ejemplares realizada por Printerra SRL.
Enero 2018.

Vaccarini, Franco

Nadie estaba despierto : un misterio policial / Franco Vaccarini ; ilustrado por Anahí Mac Donagh. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : HOLA Chicos, 2018.

88 p. : il. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-987-4007-34-6

1. Novelas Policiales. I. Mac Donagh, Anahí, illus. II. Título.
CDD A863

© 2018 HOLA Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



ÍNDICE

Capítulo 1	5
Capítulo 2	9
Capítulo 3	19
Capítulo 4	23
Capítulo 5	27
Capítulo 6	31
Capítulo 7	37
Capítulo 8	41
Capítulo 9	45
Capítulo 10	47
Capítulo 11	49
Capítulo 12	53
Capítulo 13	57
Capítulo 14	61
Capítulo 15	69
Capítulo 16	71
Capítulo 17	75
Capítulo 18	77
Capítulo 19	79
<i>Sobre el autor</i>	87





A veces, las cosas que empiezan bien igual terminan mal. Teo pensaba eso, con su pesimismo habitual, mientras recibía la noticia de que la Fundación Argentina de las Artes le otorgaría los fondos para hacer su primera película. Estudiaba Cine y su primer sueño estaba cerca de hacerse realidad. El premio incluía una suma de dinero que le daba tiempo para escribir un guion en un plazo de dos meses y luego diez meses para armar el equipo de producción, conseguir el elenco, las locaciones, ensayar, filmar y editar. Todo parecía demasiado bueno, así que se mantendría alerta, porque probablemente algo malo pasaría.

No podía descontar en medio de la euforia la envidia de algunos de sus amigos, débiles a esa emoción. Julián, uno de los más cercanos de la carrera, que se consideraba a sí mismo merecedor de cuanto premio se inventase, sencillamente no aceptaba no haber sido seleccionado.

—Los jurados son unos ineptos totales. No saben nada de cine —dijo. Acaso consciente de que estaba ofendiendo a su amigo, agregó: —No lo digo por tu premio. Lo digo porque mi presentación y mi idea fueron geniales. Espero que no me la copien, que no salga una película con mi guion truchado.

Julián no era, para Teo, un amigo cien por ciento confiable. Le resultaba más bien frívolo, el típico que se acerca al mundo del cine por motivos equivocados: el *glamour* aparente de los festivales, que es solo una consecuencia de un largo proceso. Teo se concebía a sí mismo como un trabajador que vivía en el silencio de sus ideas, todavía secretas para el resto del mundo. Julián era nervioso, incapaz de concentrarse mucho en una cosa a la vez. Un día, frustrado por algo, había arrojado una taza contra la pared. Teo le preguntó por qué lo había hecho.

—Eso hizo Marlon Brando en el set de filmación de *Apocalipsis Now*, enojado por una escena recién filmada —dijo Julián.

—No, fue mucho antes, en *Un tranvía llamado deseo*, y era un vaso, no una taza; además estaba en el guion, no fue un ataque de furia.

—¿Seguro? Bueno, yo qué sé. ¿No está bueno tirar cosas contra la pared?

—La verdad que no. Si hacés eso en mi casa, te echo. Además, ¿qué te pensás? ¿Que por quedarte ciego vas

a escribir como Borges? A vos te falla algo ahí arriba, me parece.

Julián oscilaba entre el malcriado grandulón o el chiflado imprevisible: había muchos con esos atributos entre los que merodeaban el mundo del cine. Gente algo desquiciada por entrar a los salones de la fama y los premios. Pero Teo, al mismo tiempo, sentía simpatía por su compañero, en parte porque era oriundo de Matasoles, un pueblo mítico para él, el origen de su abuelo y sus padres, aunque ahora vivían en la capital.

Teo era alumno del último año de la Universidad del Cine, vivía en el barrio de Palermo, usaba zapatillas rojas y vaqueros viejos, era flaco hasta el hueso, tímido hasta que tomaba confianza. Su familia estaba compuesta por profesionales, empezando por su abuelo y sus padres: abogado el abuelo, médicos los padres. Su hermana mayor era también abogada. Sus padres no se oponían a su vocación artística: ya estaban hartos de conversar de juicios y enfermedades, así que él vendría a refrescar los encuentros familiares.

Las profesiones liberales son prestigiosas *per se*; el artista necesita de la fama para legitimarse ante la tribu. La timidez, para Teo, era su caparazón. Aunque no sabía mucho de la vida y necesitaba agradar a los demás, su instinto le indicaba que la excesiva cercanía familiar lo perjudicaría. Un artista necesita alejarse de quienes lo criaron para poder crecer.

Él solo quería formarse, filmar y que le fuera lo mejor posible, pero —creyendo que así lo estimulaban o simplemente porque eran insoportables— sus padres lo habían penado a una de las peores condenas posibles: el éxito. Toda su familia era como una gran boa constrictora que solo concebía para él una carrera ascendente haciendo cumbre en los Óscar de Hollywood.

Tenía que independizarse, pero para eso debía contar con su propio dinero. Trabajar. No es fácil encontrar un primer trabajo. El premio era un comienzo: por un año sus gastos estaban cubiertos.

El mejor amigo de su abuelo tenía una casa de campo en Matasoles, un pueblo no tan remoto, a unos trescientos kilómetros al oeste de la provincia de Buenos Aires. Le contó a su abuelo que necesitaba irse a ese lugar solitario para escribir el guion de la futura película. El abuelo habló por teléfono con su viejo amigo Néstor.

—Listo. La casa es tuya. Néstor está feliz de que alguien la use. Decime una cosa... ¿es necesario irse al medio del campo para escribir?

Teo miró los muebles de roble, el cortapapeles del escritorio, los lomos de los libros, los fastuosos sillones y la alfombra persa, y sintió que le faltaba el aire.

—Sí, abuelo. Es más que necesario.

